



PORQUE DIOS AYUDA
A LOS MALOS CUANDO
SON MÁS QUE LOS BUENOS

Héctor Roa Longa

PORQUE DIOS AYUDA
A LOS MALOS CUANDO
SON MÁS QUE LOS BUENOS



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Héctor Roa Longa

ISBN: 978-84-18250-90-3

ISBN digital: 978-84-18250-91-0

Depósito legal: M-11865-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*El título del libro está extraído
de una antigua cuarteta anónima:*

*Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos.*

*El éxito es la capacidad de ir de fracaso
en fracaso sin perder el entusiasmo.*
Winston Churchill

CAPÍTULO I

Estaba enamorado. Colado, atravesado por las flechas del amor. ¡Hay que joderse! ¿Hasta qué punto se vuelve uno gilipollas cuando se enamora? No hay límite, puedo dar fiel testimonio de ello.

La estúpida sonrisa que se dibujaba en mi cara era la prueba más palpable de mi estado de embriaguez mental, y no era transitorio. Tenía que prestar especial atención para evitar que me traicionara a cada paso. En cuanto me despistaba un poco, descubría que la sonrisa de imbécil había vuelto a asomar a mi esculpido rostro. Como decía, ¡hay que joderse!

Estas cosas son como los accidentes, ocurren por casualidad, ni lo buscas, ni te lo esperas, ni estás preparado para ello. Claro que también debe haber grados, y a mí, como no doy para más, me ha debido de tocar el grado sumo.

—¡O follamos todos, o la puta al río! —Federico estaba en su apogeo, el muy cabrón no se iba a comer una puta rosca y se revolvió como un perro al que le quisieran quitar el hueso.

—A ver si nos aclaramos —como no podía ser de otra manera, el trio de calaveras lo completaba Manolo, y los tres íbamos más ciegos que topos—, ¿me estás diciendo que para una vez que tene-

mos tema nos la vas a liar? Te meto una hostia, que no te encuentras, tontopollas de mierda.

—Me la suda —repuso indignado Federico—. Aquí somos como un matrimonio, en la enfermedad y en la salud.

—¿Pero qué pollas dices? Piérdete y vas a llorarle a la puta madre que te parió. Ella tiene la culpa de que seas más feo que el cabrón de tu padre. Desaparece antes de que se me baje la regla. ¡Será mamón el tío!

Traté de poner un poco de orden, aunque reconozco que no era un buen mediador, al fin y al cabo, era parte interesada.

—Colegas, colegas..., vamos a ser prácticos.

—Eso —terció Federico—, por mi parte estoy dispuesto a ceder, primero te la tiras tú y después voy yo.

—¡No me refería a eso! —corté mosqueado. El muy mamón no tenía límites.

—¿A no? Pues yo no me largo, aquí hay mucho hijo de puta suelto —le metió un trago al vaso largo que así con mano firme y el hielo se le estrelló contra la nariz para su mayor disgusto.

La discoteca, llena de humo y de gente, estaba alcanzando su clímax, debían de ser las cuatro o las cinco de la mañana, y las dos tías con las que nos íbamos a largar estarían a punto de volver del baño. Federico sobraba y no había forma de que se enterara.

Cuando la vi pasar me quedé literalmente sin palabras. Aquella mujer era la perfección, o yo ya había sobrepasado mis niveles de alcohol, que superan con creces los permitidos. Estaba embobado, solo mis ojos se movían siguiendo primero su camino a la pista de baile, para luego caer embelesado con el ritmo de su pausado baile. La luz de la pista incidía desde distintos ángulos en su delicado cuerpo y me abstraí de la conversación. Hasta que Federico me metió un codazo para sacarme de mis ensoñaciones.

—¿Qué haces? ¿Has visto a Dios ni pollas?

—Déjame en paz. Yo me quedo. Podéis iros los dos a tomar por culo con mis bendiciones.

—¿Estás tonto o qué te pasa? —ahora era Manolo el que me incordiaba.

—Que te vayas con Federico, no quiero saber nada de vosotros.

—Pero so cabrón, tú tienes el coche ¿cómo quieres que nos vayamos?

—Buscad un puñetero taxi, y desapareced.

—¿Tú lo entiendes, Fede?

—A mí me la refanfinfla ni pollas. Vámonos tú y yo y nos hartamos de follar, este que se la machaque, es un experto.

Apenas los escuchaba, y para cuando regresaron las dos chicas yo ya me había ido mentalmente de todo aquello. Solo quería que desaparecieran de una puta vez para poder concentrarme en ella.

—¿No vienes? —Luisa apoyó su antebrazo sobre mi hombro. Era la mía. La miré un segundo.

—No, me quedo —breve, escueto y directo, Luisa se cabreó.

—Elisa, vámonos, aquí me parece que ya hemos terminado.

—Un momento, un momento —Federico no iba a dejarlas ir con tanta facilidad— Héctor tiene cosas que hacer, pero aquí estoy yo para lo que se tercié.

—Elisa, ni se te ocurra —su amiga estaba por Manolo, pero a ella se le atravesaba Federico.

—Está bien, me vas a fastidiar la noche. Vámonos antes de que me arrepienta —repuso la aludida.

—¿Pero qué estáis diciendo? —la indignación de Manolo crecía por momentos.

—Lo que oyes, si Héctor se queda, nosotras nos marchamos —zanjó Elisa.

—Esto es el colmo. Dejadme un momento que esto lo arreglo yo, aunque sea a martillazos.

El ruido era insoportable, la música lo anegaba todo y la conversación se sostenía a grito pelado. Manolo se acercó a mí con malas intenciones.

—Si no te vienes ahora mismo con estas tías te saco la piel a tiras. No puedes dejarme tirado, Fede no me sirve, te quiere a ti. Así que deja ya de hacerte la estrecha y vámonos de una puta vez.

—Te he dicho que no, Manolo, no me des más la brasa.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—¡Que me dejes en paz! De aquí no me muevo.

Manolo expulsó aire por la nariz, comenzaba a entrever la magnitud del desastre. Dos tías dispuestas, iban a pasarnos por delante y las dejaría escapar. Y todo por mi culpa. Lo vi girar sobre sí mismo.

—Esta me la pagas, cabrón, cuando necesites algo vas y me llamas que verás dónde te voy a mandar.

Les costó, pero al final se largaron. Así que pude concentrarme en aquella diosa que se contoneaba frente a mí, al ritmo de una insulsa canción de Objetivo Birmania.

Me había enamorado, no sé cómo ni por qué, pero allí estaba, ahora me tocaría entrarle con mi mejor yo. Sabía que andaba algo borracho y no tenía tiempo para dejar que el cebollón se me pasara. Me incorporé como un autómata y aguardé a la orilla de la pista a que desembarcara. Mis numerosas y variadas artes no incluyen el baile, así que pensé que mejor estarse quietecito y esperar pacientemente a que se cansara del bailoteo.

Cuando, sudada y sonriente, bajó, me acerqué. No sabía qué decirle ni cómo. Era un ángel bajado del cielo lo que tenía frente a mí.

—Hola —no se me ocurrió nada mejor—, ¿cómo te llamas?

Me miró entre extrañada y sorprendida.

—Aurora.

Aurora. Había conseguido ponerle nombre a mis sueños. Aurora, repetí entontecido.

—¿Estás sola? —lo sé, es difícil encontrar una pregunta más estúpida.

—No, he venido con mis primos.

Estaba poniendo tierra por medio y yo necesitaba tiempo para poder aterrizar.

—¿Puedo hablar contigo?

—Ya lo estás haciendo.

—Sin tener que seguirte —aclaré con una sonrisa amplia.

—¿Qué quieres?

—Solo eso, hablar contigo, te he visto en la pista y quiero conocerte.

—Oye, mira, no estoy de ligue, esta noche estamos celebrando el cumpleaños de mi primo y no tengo ganas de conocer a nadie.

Los jarros de agua fría son una de mis especialidades, y me refiero a recibirlos.

—Vale, dime un día y una hora y quedamos más tranquilos.

—Ni en sueños.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana.

—No seas desagradable, dame una oportunidad.

—¿Qué pasa aquí?

El tío era un armario empotrado de tres puertas, y me sacaba una cabeza.

—Nada, Dani, no pasa nada, ya se iba.

—¿Adónde? —repliqué.

—A tomar por culo —repuso el tal Dani de los cojones.

—No hablaba contigo, anda, ve a por tu tortilla de anabolizantes.

Cuando me vengo arriba soy único. El tío no me dio tiempo a más, sin embargo, y en su descargo, he de decir que sí que me dio algo: una hostia sin contemplaciones.

Caí de espaldas sin poder evaluar los daños, no tuve tiempo, así que fui a dar con mis huesos entre un grupo de amigos desprevenidos, sentados a mis espaldas. Fue como caer en un avispero, entre todos me molieron a patadas y golpes. Había que tocar retirada, pero no sabía ni dónde cojones estaba el frente, mucho menos la puta retaguardia.

Para cuando me rehíce, ella y su primo habían desaparecido. ¡Qué ingrata!

Mi incursión había resultado un desastre, francamente no sé qué voy a hacer conmigo mismo, en lugar de estar follando, estoy con la cara ardiendo y más solo que una puta en una iglesia. Con la manga de la camisa trato de restañar mis múltiples heridas con escaso éxito. Hora de volver a casa, una nueva noche desperdiciada.

Aurora, esa mujer me había hecho perder el norte. Y seguía enamorado, aunque ahora era solo una quimera que se alejaba.

Pero no todo va a ser negro en una noche negra. ¡Me estaba esperando para disculparse!

—Lo siento de veras, mi primo no es así normalmente, ven conmigo, quiere pedirte disculpas personalmente.

Me cabía la duda de cómo entendería un neandertal lo de pedir disculpas, pero Aurora me atraía con tal fuerza que podía haberme llegado a la cima de un volcán en erupción y habría ido con ella. Ciego estaba.

Salimos del callejón donde se ubicaba la discoteca, a la calle San Juan de Dios. Por lo que me dijo, tenían el coche aparcado cerca. Aproveché la ocasión para ralentizar mi paso y darme así tiempo para intimar mínimamente con mi objeto de devoción.

—Aurora.

—Dime ¿estás bien? Te veo algo tocado.

—Verás, solo quería conocerte, nada más.

—¿Nada más? Eso no existe.

—Vale, tienes razón, algo así no existe, pero mis intenciones son nobles.

—Eso tampoco existe.

—Vuelves a tener razón.

En el comportamiento humano, el enamoramiento debería ser considerado un peligro público. Te hace parecer un imbécil, yo ya de natural conocía esa sensación, pero un imbécil, esta parte era nueva, dispuesto a aceptar cualquier cosa de la parte contratante de la primera parte.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a dar la razón en todo como a las locas?

Si le decía que sí, que era lo que pensaba, quedaría como un capullo, tendría que explicarle que me daba exactamente igual lo que dijera, estaría invariablemente de acuerdo. No esperaba que lo entendiera. Decirle que no, era simplemente impensable.

—Mira, Aurora, no te conozco, no sé qué te gusta o qué te disgusta, pero quiero saberlo, hasta entonces te daré la razón en todo —la sinceridad es un arma que no uso muy a menudo.

—¿Tú eres así a diario, o solo los fines de semana?

—Me temo que a tiempo completo.

—¿Cómo te llamas?

—Héctor.

—Vaya con Héctor. Ahí están mis primos.

Se me pusieron los huevos de corbata, ya andaba calentito a pesar del fresco reinante, ahora me iban a poner suave, como un guante. Instintivamente retuve el paso y Aurora se percató.

—No tengas miedo, son de mi familia, nadie te hará daño.

—¿No crees que sería mejor despedirnos aquí?

—No seas tonto, ven conmigo.

—¿Lo de los músculos es de familia?

—No —rio ella divertida—, juegan al waterpolo, eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Venga, que son buena gente.

De cabeza, iba directo al cráter del volcán, para luego tirarme de cabeza.

—A ti me confío, Aurora.

—No seas majadero, que no pasa nada.

—Tres eran tres las hijas de Elena, tres eran tres y ninguna era buena.

Ese fue mi saludito al grupo, no es la primera ni será la última vez que reacciono de manera inadecuada a situaciones que escapan a mi control. En lugar de mostrarme circunspecto y distante, suelto alguna de esas memeces que lo único que hacen es complicarme situaciones ya de por sí enredadas.

Aurora me miró frunciendo el ceño. Los tres primos no estaban para poemas.

—¿Qué pasa, no has tenido bastante?

El que me interrogaba no era Dani, el que me había soplado la hostia, era otro que se le parecía, aunque algo más bajo, pero igual de macizo.

—Deja que te presente, a Dani ya lo conoces, este es Rafa, y este Juanjo. Él es Héctor.

Entre los machos existe siempre una corriente relacionada con el control de las hembras de la manada. Si un espécimen viene de fuera, será siempre mal recibido. Es la naturaleza, y nosotros los hombres en ocasiones estamos expuestos a nuestros instintos. No iba esto a ser distinto, yo ya me lo maliciaba.

—Anda Aurorita, sube al coche, que vamos a charlar un ratito con tu nuevo amiguito, se ve que es un hombre cabal.

El de los diminutivos era Rafa, y a mí se me estaban poniendo los pelos de la nuca de punta, como escarpías. Van a tener que recogerme a trocitos y luego volver a montarme.

—¿Para qué, dejadlo en paz? Os disculpáis y nos vamos que ya es muy tarde —yo la miré más enamorado si cabe, la pobre no sabía hasta dónde me había llevado.

—Veamos, tres tíos quieren charlar conmigo, después de todo ¿qué hay de malo en ello? No te preocupes, Aurora, será solo un momento.

Reconozco con todo el dolor de mi corazón que yo ya solo esperaba el mejor momento para salir de allí por patas. No iban a dejarme otra opción, así que traté de, al menos, quedar bien. Antes hice un último, lastimero y desesperado intento por poder volver a contactar con Aurora. Sabía que mientras ella estuviera se comportarían, muy a su pesar, dentro de los límites de la urbanidad.

—Está bien, si queréis hablar como hombres, yo os espero en el coche. Héctor, un placer conocerte.

—¿Podemos quedar para otro día? —la mirada asesina de los tres primos no me pasó desapercibida, pero tal y como había previsto, ninguno se movió, estaban esperando, como lobos, a que la presa quedara a su merced.

—¿Sigues queriendo volver a verme después de todo?

—Si ello no te ocasiona ninguna molestia.

—Como quieras —se encogió levemente de hombros, estaba arrebatadora—, el sábado que viene vendré a la disco, si quieres nos vemos.

—Allí estaré. Que descanses.

Mi tono melifluido y blandengue no pasó desapercibido a los tres mangantes que, para mi sorpresa y desconuelo, me rodearon, tres altas torres y un gilipollas en medio, un servidor.

Dani se mostró realmente amable, me rodeó con su fuerte brazo por los hombros y comenzó a caminar en dirección a una de las callejas que desembocaban en San Juan de Dios, buscaba algo de recogimiento, y yo no podía zafarme de su contacto. Maldita sea mi suerte. Mi plan de fuga se había ido al traste.

—Que descanses —comenzó Dani remedándome—. Pero qué bonito te ha quedado. Ahora estamos solos nosotros tres y tú. Vuelve a cantarnos el poema de los cojones.

Había empezado imitando mi tono melifluido y lo había ido endureciendo conforme avanzaba hasta volverse francamente hostil. Yo traté de ganar tiempo, no sé para qué, retrasar lo inevitable es en ocasiones un ejercicio fútil.

—Escuchadme, me gusta Aurora, lo digo de veras, sin malas intenciones.

—Pero qué persona más amable y sincera.

—Tú eres Rafa ¿no es así? Entiendes que soy una buena persona que no busca complicaciones.

Comencé a notar cierta presión sobre mi cuello, el brazo que me rodeaba los hombros, cual boa constrictor, se fue cerrando a mi alrededor hasta quedar con la cabeza inclinada. Me estaba costando respirar.

—Dejémonos de chorradas y vamos al grano —se veía que Dani era un hombre de mundo, nada de andarse por las ramas—. Te lo diré tan solo una vez, si vuelves a acercarte a un kilómetro de mi primita, te estrujaré como un limón, ¿lo has entendido saco de mierda?

El muy cabrón me lo dijo todo al oído, mi cara debía estar pasando rápidamente por todas las tonalidades del rojo hasta alcanzar el morado. No podía ni responder, así que balbuceé lo que pude.

—No te entiendo, no sé lo que dices.

—Suéltalo, joder —terció Rafa—, lo vas a ahogar.

Me soltó y comencé a toser violentamente. Estaba a punto de vomitar. Medio ronco le respondí.

—Me *cagüen* tu puta madre y todos tus muertos, hijo de puta, has estado a punto de estrangularme —los preliminares habían acabado, así que me mostré tal cual.

Esta vez fue mi salvador, Rafa, el que me cogió violentamente del pelo.

—Que si lo has entendido. Mi hermano te ha hecho una pregunta.

—Lo he entendido, vaya que sí. Perfectamente.

—Bien —concluyó soltándome el pelo a la vez que me empujaba hasta dar contra el suelo—. Y ahora te vamos a obsequiar con nuestras disculpas, para que no pienses que somos gente de mal vivir.

Y vaya si se disculparon, por turnos y dándose prisa. Uno vigilaba, no fuera que apareciera el amor de mi vida, los otros dos a relevos.

Cuando consideraron que ya se habían disculpado lo suficiente, me dejaron allí tirado, sin demasiados miramientos. Joder, qué pali-za me habían dado, y yo, estoico, lo había soportado todo por amor.

¿Se puede ser más tontopollas?

Es solo una pregunta retórica. No hace falta contestar.

Me levanté como pude, más muerto que vivo, mi coche estaba en Gran Capitán, así que no sé ni cómo, recorrí la distancia que me separaba del *buga* y, una vez dentro, evalué los daños:

Molido a golpes, sangrando por la nariz y por la boca y con el corazón roto.

El amor vence todos los obstáculos, pensé, incapaz de reconocer que lo tenía francamente difícil. Pero siempre es posible que deje a sus primos en la jaula de donde no debieron salir nunca y vaya con unas amigas. El que no se consuela es porque no quiere.

Gilipollas.